

➤ Recorrido fragmentario por las memorias de los terremotos en Chile

Marisol Palma Behnke
Universidad Alberto Hurtado, Chile

Resumen: Este artículo presenta una reflexión en torno al terremoto como condición histórica de espacios nacionales y regionales que se representa en diversas memorias presentes en la larga duración de la historia de Chile. Los terremotos, sucesos naturales violentos que sacuden el cuerpo en la contingencia, se representan en diferentes memorias (individuales y colectivas) con imágenes que refieren al quiebre y ruptura de estructuras materiales, familiares, sociales, políticas, económicas y culturales, pues como *memoria herida* está obligada a confrontarse con pérdidas. Las memorias colectivas constituyen así, al mismo tiempo, testimonios de movimientos en el tiempo posteriores al terremoto y miradas que orientan con sentido de futuro a una comunidad y su inminente reconstrucción (material y simbólica).

Palabras clave: Terremotos; Memoria; Historia; Chile.

Abstract: This article presents a reflection on earthquakes as a historic condition of national and local spaces, and represented in various present memories forming part of Chile's long history. Earthquakes, natural and violent events that shake the body in the contingency, are represented in different memories (individual and collective) through images that refer to the breakdown and rupture of material, family, social, political, economic and cultural structures, because as a wounded memory it is obliged to face up to its losses. Thus, collective memories are, at the same time, testimonies of the earthquake, and gazes fixing the future that guide a community on its path to (material and symbolic) reconstruction.

Keywords: Earthquakes; Memories; History; Chile.

Introducción

“El testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia” (Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*).

La pérdida de seres queridos, el trauma que provoca de súbito perder el apoyo en la tierra, presenciar el desplome de hogares, construcciones, el destrozo de cosas útiles y necesarias para el funcionamiento diario, es un impacto que marca la memoria de la experiencia como un momento traumático. En cuanto a la memoria, Ricœur señala “no tenemos nada mejor que la memoria para significar algo que tuvo lugar, sucedió, ocurrió *antes* de que declaremos nos acordamos de ello” (Ricœur 2010: 41). En cuanto a las heridas sugiere indagar en las memorias colectivas las heridas simbólicas que exigen sanación (Ricœur 2010: 108). La condición telúrica permanente de Chile y las múltiples

memorias ameritan una cartografía provisoria de memorias individuales, colectivas e históricas desde el siglo XVI hasta el presente.

Los fragmentos históricos como indicios de experiencias límites como son un terremoto y/o maremoto se reproducen desde tiempos precolombinos en diversas memorias. La retrospectiva que presento no pretende ser exhaustiva, sino más bien explorativa de diversas memorias que marcan espacios y tiempos en una cartografía sinuosa de textos relevantes para procesos y fenómenos colectivos. En efecto, las memorias dan cuenta de modos de mirar/de mirarse los habitantes de un territorio que parece “condenado” a la furia de su naturaleza indómita. Son también espacios de articulación y creación de sentidos objetivos y subjetivos que dan cuenta de individuos, colectivos e historias. En el recorrido que propongo me detengo en los análisis que han realizado diversos autores que tocan la memoria de los terremotos como problema en los casos históricos que investigan. Aquí las memorias no solo dan cuenta de una realidad/referente (el terremoto), sino que son parte de procesos más amplios y complejos. Las circulaciones y recepciones de memorias, así como sus medios y materialidades son, como se verá, dinámicas y cambiantes en el tiempo.

Memoria ancestral del fin de un mundo

Isla Grande de Tierra del Fuego es un espacio geográfico que, hasta comienzos del siglo XX, era habitado por poblaciones indígenas conocidas, históricamente, como selk'nam u onas: pueblo de cazadores y recolectores terrestres que vivían, de forma tras-humante, en diferentes porciones de la isla.

Se relata que “no se sabe cuándo los selk'nam llegaron allí. Eran parientes de los tuelches, de los famosos ‘gigantes patagónicos’, habitantes de la Patagonia, en el sur de Argentina” (Chapman 2002: 50):

Karunkinka esa tierra que está por allá lejos. Sí, ésa es *Karuk*. Estaría junta la tierra, sí, [la Isla Grande con el continente], porque estaban cazando guanaco esa gente [los antiguos selk'nam], venían unas cuantas familias y llegarían donde estaba la tierra, creo [en] aquellos tiempos, año, siglos ya. Quedaron aislados, ahí [en la Isla Grande]. Por un terremoto habrá sido que quedaron aislados en esta tierra. Pero éste [hace] siglos de años. Quedaron, hasta que aumentaron mucho. Sí, mucha gente. Ahí quedó *Karuk*, sola sí. *Karuk* (Angela Loij en Chapman 2002: 50).

Karukinka es la tierra de una memoria ancestral y originaria. En ella se condensa la compleja historia de bandas de cazadores terrestres y su arribo a Tierra del Fuego, cuando hace cerca de diez mil años atrás, junto al sur de la Patagonia, formaban una sola porción de territorio (Massone 2002: 119). Y fue justamente un movimiento sísmico el que fracturó de forma irreversible un territorio, pero también una historia. Inauguró un devenir diferente para aquellos que se encontraban en Isla Grande de Tierra del Fuego.

En esta memoria, el aislamiento tiene una característica singular: se constituyó, en palabras de Gastón Bachelard, en un “instante inicial” (1990: 220). Al mismo tiempo que reproductor y creador: “hasta que aumentaron mucho”, como cuenta Angela Loij. De este modo, y en el mundo de las imágenes que se nos transmite sobre el terremoto que

separó Karunkinka, el movimiento tiene el carácter de una potencia creadora comparable a un punto denso de origen, con tal fuerza, que la única alternativa posible es la de llevar a “un destino de engrandecimiento” (Bachelard 1990: 249). Es decir, allí, en la imagen del relato de Angela Loij, está el inicio de la historia de los selk’nam, el terremoto es su momento fundacional. Y la otra historia, la de Karuk, para ellos, se perdió en el infinito del tiempo.

El peso de la noche colonial: memoria apocalíptica

La condición telúrica de la historia de Chile es parte de la memoria temprana del Chile colonial. Para las poblaciones indígenas era una condición del territorio conocida, pero no así para los españoles, quienes fueron completamente sorprendidos. Para el siglo XVI se registran nueve terremotos en diferentes puntos del actual territorio de Chile (Bustos 1931: 65). Se sabe más precisamente sobre el terremoto del 28 de octubre de 1562, ocurrido frente a las costas de Arauco, del cual existen escasas noticias. El 8 de febrero de 1570, la ciudad de Concepción (hoy Penco) fue abatida por un terremoto descrito por el cronista Góngora Marmolejo: “Vino repentinamente un temblor de tierra y terremoto en aquella ciudad [Concepción], tan grande que se cayeron la mayor parte de las casas, y se abrió la tierra por tantas partes que era admirable cosa verlo; de manera que los que andaban por la ciudad no sabían que hacer, creyendo que el mundo se acababa” (cit. según Onetto (2007: s. p.). En 1575 le tocó su turno a la ciudad de Santiago, que sufrió el desplome de muchas construcciones. El mismo año, un terremoto violento seguido de un maremoto sacudieron Valdivia (Bustos 1931: 68). Para el siglo XVII se registra una docena de terremotos, muchos de ellos acompañados de movimientos de agua o maremotos, partiendo por Arica (1604), Serena (1604), Arica (1615), Tarapacá y Antofagasta (1632), Chiloé (1633), Santiago (1643 y 1647), Arica-La Paz (1650), Concepción (1657), Arica (1681), Santiago (1688) y Coquimbo (1692).

En cuanto a la memoria de sucesos telúricos en los siglos coloniales, marca un hito importante el terremoto ocurrido el 13 de mayo de 1647 a las 22:30, en Santiago. Se constituyó en el terremoto más conocido del período. Un testimonio del obispo de Santiago, Gaspar de Villarreal, describe su magnitud:

Comenzó un temblor de tierra tan sin prevención ni amenaza, que se arruinaron en un momento los edificios todos, sin que hubiese más que un instante que pudiese hacer continuación entre el temblar y el caer. No se ha podido hasta hoy averiguar de dónde vino el temblor... Duró el temblor recio con un admirable ruido, como medio cuarto de hora; obscureció el cielo, estando bien alta la luna, con unas palpables tinieblas: ocasionáronlas el polvo y unas densas nubes, poniendo tan grande horror en los hombres, que aún los más cuerdos juzgaron que veían los preámbulos del Juicio (citado según Onetto 2007: s. p.).

Según los diversos testimonios, muchos de ellos eclesiásticos, la ciudad se había convertido en una verdadera ruina. La devastación humana y material se dejó sentir en toda la población, pues desaparecía en un instante el esfuerzo de construcción de 100 años. La baja de población se estima en un 20% –se calculan alrededor de 1.000 muertos– y

afectó a toda la población (Cisternas 2012: 25). En efecto, se estima que cada familia debió perder a más de un miembro debido al terremoto.

Pero ¿a qué se debía tanto infortunio? En la articulación de una respuesta que tuviese validez universal para la sociedad colonial se difundió un culto devocional que resolvía el misterio. El desastre se interpretó como expresión de la “cólera de Dios” desencadenada por los pecadores: “hombres y mujeres de este reino”. La abundancia de fuentes clericales son indicativas de un proceso representacional basado en una visión providencialista de la historia (por lo demás nada nueva):

Según esta, dios gobernaba el mundo según un plan providencial que daba la orientación y el sentido último a todos los eventos de la humanidad, aunque generalmente fuese incomprendible para las personas que lo experimentaban. El sismo que asoló Santiago, entonces, formaría parte de esta cosmovisión y, por lo tanto, no sería un fenómeno meramente azaroso (Valenzuela 2007: 45).

Así, pese a la destrucción de conventos e iglesias, los religiosos y la institución que representaban seguían siendo una garantía de seguridad y una voz legitimada para una explicación plausible del desastre. El discurso exegético culpó en primera causa a los creyentes por sus pecados, verdaderos detonadores del castigo divino:

La exégesis propuesta por la Iglesia implicaba la construcción de discursos que apuntaran, en primer lugar, a la confirmación del fenómeno como un castigo divino; luego, a la generación de prácticas expiatorias y mortificantes, y a una rectificación moral de los individuos, como paso previo para “calmar” la ira divina.¹

La producción y construcción de memoria en torno a 1647 se representó así en discursos y prácticas reguladas desde el seno de la Iglesia católica. Su representación visual más emblemática es el famoso Cristo de Mayo, leyenda y culto diseminados inmediatamente después del terremoto. Cuenta la leyenda que en medio del terremoto:

[...] todo asimismo se asoló, menos un santo crucifijo de estatura de dos varas que milagrosamente, para amparo y defensa de tantos miserables, quedó pendiente [a] un clavo de una débil pared, [donde] hallámosle la cabeza levantada al cielo y la corona de espinas al cuello, cosa que no pudo suceder sino es milagrosamente, por venir la cabeza apretada y después no ser posible sacarla si no es haciéndola pedazos, a cuya causa para memoria la tiene en la garganta [...] (Onetto 2007: s. p.)

El crucifijo del Señor de la Agonía con la corona en la garganta causó temor, admiración, respeto y veneración. El desplazamiento de la corona fue un indicio eficaz para la memoria visual como marca que otorgaba especificidad al ícono. Su sello, la corona en la garganta, fue algo único que lo hizo rápidamente diferenciable entre otros Cristos del mundo:

¹ Carta de Juan de Toro Mazote, Lima, 25 de julio de 1648, Archivio Generale dell’Ordine di San Agostino (Roma), fondo “Notitiæ provinciæ chilensis”, carpeta sin foliar. Citado según Valenzuela (2007: 52).

La importancia que adquiere este ícono radica en que su particularidad sintetiza no sólo el sufrimiento universal de Cristo en la cruz, sino el de un pueblo en su propia cruz, el territorio que debe habitar; es una imagen que ayuda a mostrar cuán lejanos, desastrosos y náufragos, o a la deriva, se encontraban los habitantes de Chile al vivir en la antípoda del mundo (Onetto 2007: s. p.).

La imagen y leyenda de este ícono difundieron rápidamente su culto. En efecto, el Cristo de la Agonía, que más tarde se conocería popularmente como el Cristo de Mayo, se constituyó como un “referente simbólico-figurativo” del recuerdo del terremoto en Chile de 1647. Se le nombró luego patrono de la ciudad de Santiago. El santiaguino incorporó rápidamente costumbres devocionales y conmemoraciones flagelantes en el espacio público, utilizado como “escenario para la expresión rogativa y expiatoria de la comunidad” (Valenzuela 2007: 53). Esta exteriorización expiatoria, propia de la cultura barroca, permitía mostrar a Cristo Rey colectivamente arrepentimiento y rogar por la misericordia de Dios y evitar así su furia. Así, la interpretación en términos de la culpa se inscribiría en el tejido moral de la sociedad y por ende en el disciplinamiento social (Valenzuela 2008: 58).

La memoria como construcción y manipulación de procesos cognitivos colectivos estará a la base del control social durante la época colonial. La regulación de una comunidad frágil en un territorio extremo, amenazado por guerras, epidemias y desastres naturales era un problema político-militar latente que requería mecanismos simbólicos eficaces, capaces de orientar y dar sentido a la vida y la muerte de las personas. La coyuntura del terremoto de 1647 condujo a pensar en el devenir histórico colectivo. El Cristo de la Agonía y otras representaciones fueron expresión de una necesidad de ordenar el mundo remecido. El ícono tuvo una recepción eficaz en el proceso simbólico de reconstrucción colectivo tras el desastre. Esta memoria coyuntural se extendió en el tiempo también gracias a su inclusión en el calendario litúrgico católico con cultos anuales y periódicos que la convirtió en una memoria apocalíptica del terremoto “funcional a los esfuerzos permanentes de disciplinamiento moral” (Valenzuela 2007: 64). Escatología y apocalipsis guían los destinos de la historia. La memoria apocalíptica del terremoto de 1647 fue entonces fundacional para la temprana historiografía colonial. Cristo Rey representó una percepción del “ser propio” histórico como algo sufriente y paciente, elegido por la divinidad para soportar los arrebatos de la naturaleza. La corona de espinas en su cuello simbolizaba esta sensibilidad.

En su aproximación analítica, Onetto indaga en las consecuencias que tuvo el terremoto de 1647 para la percepción histórica. En su opinión, dicho acontecimiento marcó un punto de inflexión importante para la memoria histórica, ya que hasta entonces había funcionado una lógica de idealización y ocultamiento del territorio y de sus desastres naturales, como una manera de esconder su precariedad estructural en la representación de la realidad. Pero a partir de 1647 hubo un reconocimiento colectivo del acontecimiento que fue fundamental, ya que integró la percepción que tenían los pobladores de su propio espacio y con ello nuevas representaciones de la sociedad y su sentido identitario (Onetto 2007). La noche del 13 de mayo de 1647 se convierte entonces para Onetto “no sólo en una noche fatídica sino también en un espacio temporal en donde se termina de aceptar esta nueva mezcla de representaciones o mejor dicho, de percepciones sobre sí mismos de los habitantes. El terremoto actuó como un generador de nuevas perspectivas y maneras

de percibir tanto al espacio geográfico como al espacio bajo el cual se piensan históricamente los habitantes” (Onetto 2007). Su impacto fue tan profundo que marca un antes y un después, se transformó en una constante de origen que opacó con creces a los numerosos sismos registrados para los siguientes siglos coloniales.

En un estudio más reciente, Onetto realiza una reflexión panorámica de terremotos y sus representaciones durante la Colonia (siglos xvi al xviii) (Onetto 2011). Las representaciones como manifestaciones de diversas memorias constituyen espacios de lectura de formas de memorias contenedoras potenciales de colores, olores, sonidos referidas a un acontecimiento: “El acontecimiento como hecho no basta, sino que en cuanto espacio de transacción que puede aportar no sólo su propia inteligibilidad, sino también devenir en un creador de sentidos que desborda los espacios en donde fue concebido” (Onetto 2011: 52). De allí que la memoria de acontecimientos infaustos sean de sumo interés, ya que se entrelazan con múltiples discursos y contextos en los que las comunidades se representan y recrean en procesos semánticos dinámicos.

Para el siglo xviii se contabilizaron más de 20 sismos esparcidos en todo el territorio de norte a sur. El terremoto de 1730 fue el más conocido y afectó a Santiago, Valparaíso y Concepción. Las consecuencias fueron desastrosas:

Santiago se vino abajo, así como las casas y bodegas de las comarcas cercanas. El puerto de Valparaíso vivió los efectos de un *tsunami* que devastó las bodegas donde se almacenaba trigo y otros productos del comercio con Perú, mientras que en la también costera Concepción se habría experimentado aún con mayor intensidad (Valenzuela 2012: 196).

Este movimiento, al igual que el de 1647, sucedió en la noche donde “la experiencia de la oscuridad reprodujo las escenas de pavor colectivo que se observaron a mediados del siglo pasado. Los ruidos subterráneos, el polvo y los gritos aumentaban la perturbación, el terror y la angustia colectivas, mientras que en el sur ello sería provocado por la salida del mar, que destruyó todo a su paso” (Valenzuela 2012: 200).

Las memorias jesuitas se construyen en narraciones sobre esta particular contingencia. Así, la *Relación del espantoso terremoto que arruinó la ciudad de Santiago de Chile el día 8 de julio en el año de 1730*² señala que hubo dos movimientos diferentes:

a la una y media poco más de la noche se vio asaltada la ciudad por un terremoto cuyo movimiento, por lo suave, mostró que era aviso; con el cual, dejando el abrigo de sus casas [los pobladores], buscaron la seguridad en la fuga [...] dentro de tres horas de distancia se vieron sacudidos y en gran parte arrasados de un espantoso terremoto, cuya violencia en el movimiento, entre todos los temblores que habían experimentado los vivos, pudo calificarlo por el primero.³

La experiencia de la “violencia del movimiento” se traduce en pura contingencia.

² Documento transcrito en el artículo de Jaime Valenzuela (2012: 204). Fue encontrado y paleografiado por el mismo autor. El original está en Roma: Archivium Romanum Societatis [Roma], Provincia Chilensis, vol. 5.

³ Documento transcrito en el artículo de Jaime Valenzuela (2012: 204). Fue encontrado y paleografiado por el mismo autor. El original está en Roma: Archivium Romanum Societatis [Roma], Provincia Chilensis, vol. 5.

Otro relato que circuló fue la *Relación del lastimoso y horrible estrago de la ciudad de la Concepción del Reino de Chile, causado por el temblor e inundación del mar que la anegó el día 8 de julio de 1730*. Se relata que “a la una de la mañana de dicho día se sintió un temblor de tierra, no tan recio en el estremecimiento como dilatado en la duración” (Valenzuela 2012: 216). Como el movimiento fue leve los pobladores no buscaron refugio. Sin embargo, y poco rato después, los pescadores comenzaron a observar que “desde esta hora empezaron a retirarse para adentro sus aguas, señal cierta de su salida pues, revolviendo dobladas y con mayor ímpetu, entrando por la boca del río y rebalsando por las calles, anegaron las casas vecinas, la guardia y casi todo el palacio” (Valenzuela 2012: 216).⁴

Las memorias representaron imágenes catastróficas a partir de evocaciones recurrentes de “oscuridad” y “noche”. Esa oscuridad pudo haber contribuido a la estética del período, pues, “De hecho, para siglo XIX uno de los grandes paradigmas heredados desde la colonia, al cual tuvieron que ‘hacer frente’ las autoridades, fue lo que se conoce como ‘el peso de la noche’” (Onetto 2011: 62).

En la siguiente descripción del terremoto destacan los elementos tenebrosos sensoriales como fragmentos de una visión oscura:

El lunes diez desde las tres de la mañana con tal fuerza que *parecían haberse conjurado los elementos* combatiros i valerse de ellos la divina justicia a fin de destruirnos pues *los horrores de que se vistió la noche* se hicieron temer de los más fuertes pues afuera de la oscuridad i la frecuente repetición de temblores se sentía un continuo ruido que antecedía a los movimientos i de cuando en cuando un golpe en la cordillera muy parecido a la rebentacion de una bomba [...].⁵

La noche como “espacio de llanto y lamento” deviene en acontecimiento del desastre. Es una noche que queda como marca en la memoria por la intensidad que soporta “el peso de la noche”. La inseguridad, los lamentos, la sensación de estar perdidos, de estar al otro lado, de ser náufragos en una tierra sin piso, se cuele en los movimientos de la memoria que constituyen la matriz de la historia. Pues las memorias portan “sentidos indirectos, imaginados, o simplemente, temores, paisajes, olores, colores, etc., que se mueven al mismo tiempo y en un mismo tiempo”. Así, pensar en el movimiento de la memoria es reflexionar en torno a los “espacios que ocupa, la estela y la circulación de sus elementos, sus recuerdos, sus olores, sus colores” (Onetto 2011: 63). La Colonia como fábrica de memorias sobre desastres naturales carga de percepciones pesimistas que circulan en nuevos espacios y memorias durante los siglos XIX y XX.

Memoria y registro científico

Para el siglo XIX se registran más de 40 sismos en todo el territorio. Las memorias y registros se diversifican y reproducen a nivel local y global. En este panorama, las

⁴ Documento transcrito en el artículo de Jaime Valenzuela (2012: 216). Fue encontrado y paleografiado por el mismo autor. El original está en Roma: Archivium Romanum Societatis [Roma], Provincia Chilensis, vol. 5.

⁵ Documento transcrito y citado por Onetto (2011: 62). “Carta de Gabriel Cano Aponete de lo que sucedió y experimento la ciudad de la Concepción y reino de Chile en los temblores de tierra y aguaceros de 1730. Santiago 20 de julio de 1730”, BNCh, MsM, Rollo 33, Tomo 177, Pieza 3874, fjs. 219-224.

memorias eclesiásticas se matizan ante el desarrollo de nuevos paradigmas de conocimiento que buscan explicaciones científicas para fenómenos naturales como los terremotos y maremotos. Alexander von Humboldt, en su viaje por el mundo, había propuesto la relación existente entre las fallas tectónicas y los terremotos. También estableció relaciones entre estos y los volcanes y sus erupciones. Sus observaciones en terreno le valieron varios episodios telúricos de importancia en América. En 1842 el inglés James David Forbes creó el sismógrafo, instrumento para medir las frecuencias de las vibraciones terrestres. Las exploraciones científicas proliferaron en enclaves naturales en todas partes del mundo llevando a la práctica investigaciones en biología, geología, geofísica, etc. Memorias de viajeros y científicos se vuelven relevantes para el estudio de la Tierra. En este contexto cabe situar la experiencia y testimonio de Charles Darwin del terremoto de febrero de 1835, conocido como “la ruina”, que devastó las ciudades de Concepción y Valdivia. Junto al capitán Fitz Roy y la tripulación del *Beagle* durante su estadía en Valdivia y Concepción, en febrero y marzo de 1835. Fitz Roy y Darwin registraron sus observaciones en sus diarios. Darwin publicaría en 1839, en el *Journal of Researches*, documentos relativos al terremoto de Concepción. Su fascinación por la geología y la historia natural se nutría de estudiosos connotados como Charles Lyell, James Hutton, James Hall, John Playfair (Lee 2010: 898). De acuerdo a Lee, Darwin estaba influenciado en su viaje a Chile por los *Principles of Geology* de Charles Lyell, que representaban una nueva versión de la historia natural despojada de explicaciones bíblicas.

El terremoto lo encontró en la costa reposando en el bosque cuando un inesperado y brusco movimiento lo sacudió durante más de dos minutos que le parecieron eternos. Comentó en su diario:

The rocking of the ground was almost sensible. The undulations appeared to my companion and myself to come from due east; whilst others thought they proceeded from south west; what shows how difficult it is in all cases to perceive the direction of these vibrations. There was no difficulty in standing upright, but the motion made me almost giddy. It was something like the movement of a vessel in a little cross ripple, or still more like that felt by a person skating over thin ice, which bends under the weight of his body (Darwin citado según Lee 2010: 899).

La objetivación de la experiencia en datos útiles para la investigación científica desplaza aquí las observaciones más subjetivas y sensacionalistas del período anterior aunque no menos desoladoras. En esta línea se puede leer su relato etnográfico de la ciudad de Concepción, a la cual llega unos días después de ocurrido el terremoto:

that not a house in Concepcion, or Talcahuano, (the port) was standing; that seventy villages were destroyed; and that a great wave had almost washed away the ruins of Talcahuano.” Of this latter fact I soon saw abundant proof; the whole coast being stewed over with timber and furniture, as if a thousand great ships had been wrecked... The storehouses at Talcahuano had burst open, and great bags of cotton, yerba, and other valuable merchandise, were scattered about on the shore (Darwin citado según Lee 2010: 899).

El naturalista constató lo profundo de los daños y el miedo de las personas ante la ruina súbita. De acuerdo a su pronóstico, la ciudad no volvería a reconstruirse (Lee 2010). En cuanto a la causa del maremoto que tuvo lugar unas horas después y dejó mayores

muerdos y desastres materiales comentó: “Considering then a wave produced by an earthquake as an ordinary undulation proceeding from some point or line in the offing, we can see the cause, first of its occurrence some time after the shock” (Darwin citado según Lee 2010: 899).

En el mismo texto Darwin destaca la importancia del estudio de los terremotos en las costas chilenas, ya que es conocida la recurrencia de los mismos en este espacio:

The phenomenon possesses an uncommon degree of interest, from this particular part of the coast of Chile having previously been the theatre of several earthquakes of the worst class. It is almost certain, from the altered soundings, together with the circumstance of the bottom of the bay near Penco, consistent of hard stone, that there has been an uplifting to the amount of four fathoms, since the famous convulsion of 1751. With this additional instance fresh before us, we may assume, as probably, according to the principles of Mr. Lyell, other small successive elevations... (Darwin citado según Lee 2010: 899).

Darwin representó la superficie terrestre compuesta de capas sólidas flotantes en líquido, una especie de teoría pretectónica según el autor (Lee 2010: 900).

A bad earthquake at once destroys the oldest associations: the world, the very emblem of all that is solid, has moved beneath our feet like a crust over a fluid; –one second of time was conveyed to the mind a strange idea of insecurity, which hours of reflection would never have created (Darwin citado según Lee 2010: 900).

Esta imagen de la contingencia inmediata que provoca el movimiento bajo los pies fue una experiencia fundamental para Darwin. Sus observaciones directas en Chile le permitieron constatar los cambios que podía sufrir la superficie terrestre, dato fundamental para el desarrollo de teorías sobre el origen de las especies y su selección natural (Lee 2010: 910). El desarrollo de sus teorías geológicas se distanciaría radicalmente de la visión mítico-bíblica preponderante de la historia natural y de los desastres naturales que nos remiten al Arca de Noé y el mito del diluvio del mundo. Su memoria es premonitrice de nuevos tiempos donde los desastres tienen explicaciones científicas e incluso pueden llegar a ser predecibles. Para la historia científica y la historiografía resulta interesante preguntarse en que medida estas memorias de la élite científica globalizaron la imagen que se tenía de Chile como espacio de calamidades impredecibles.

Fragmentos de memorias recientes

El siglo XX registra varias decenas de terremotos a lo largo del territorio (Bustos 1931: 68). El desarrollo y crecimiento de los medios de comunicación, tanto como disciplinas, políticas, economías, creencias, culturas, individuos vinculados directamente con terremotos y sus consecuencias difunden una nueva variedad de memorias objetivas y subjetivas, individuales y colectivas que circulan en diferentes soportes, formatos y dispositivos. La fotografía de ciudades en ruinas circuló en periódicos casi al mismo tiempo que los terremotos. Fueron noticia-imagen de alto impacto en los periódicos de comienzos de siglo. Tal vez una continuidad en el nivel visual de la retórica literaria

colonial sensacionalista. Resulta sintomático en todo caso que pese a la abundancia de material quede aún pendiente una visión panorámica del siglo XX y los albores del siglo XXI.

En la historiografía más reciente interesan relatos orales de terremotos para el siglo XX. La literatura en torno a este tipo de indagaciones ha crecido con una tendencia hacia una mirada interdisciplinaria. A partir de un estudio de memoria histórica colectiva se indagó en los acontecimientos más importantes del siglo XX para los habitantes del Gran Concepción (VIII Región Chile): el terremoto de Chillán (8,3 grados en la escala Richter) de 1939 (mayor desastre natural del siglo con 30.000 muertos, casi el doble de heridos y casi 2 millones de damnificados). El desastre movilizó el comité de reconstrucción y las primeras iniciativas de la CORFO en el marco del ascenso del Frente Popular y del presidente radical Pedro Aguirre Cerda. El terremoto de Concepción (125 muertos, 300 heridos) y Valdivia de 1960 (9,4 grados) también fue conocido a nivel mundial por los enormes daños provocados en Hawái y Japón por el posterior *tsunami*.

Las entrevistas realizadas en 2010, poco después del último terremoto asolador en Santiago, fueron particularmente sensibles a la rememoración de lo traumático del impacto generado a todo nivel (Concha Ramírez/Henríquez Aste 2011: 187). La memoria histórica se interroga tomando en cuenta su dimensión de presente, como un tiempo relativo coincidente con la experiencia de cada persona. La memoria de los ancianos sobrevivientes a los terremotos se remece en el pasado reciente de 2010 aportando una memoria viva generadora de rememoraciones que son “reactualizaciones en el presente de las catástrofes naturales vivenciadas” (Concha Ramírez/Henríquez Aste 2011: 188). La intergeneracionalidad se reconoce como la co-contemporaneidad de los recuerdos del momento traumático. La influencia de la comunidad en el recuerdo articula la memoria social de aquellos que experimentaron los terremotos pasados y los representan activamente. Su memoria es viva, directa. Las memorias individuales constituyen así aquí el sustrato de la memoria colectiva. Están hechas a base de relatos transgeneracionales que circulan como memorias de acaeceres radicalmente irruptivos. Son relatos sobre una experiencia sensorial radical del cuerpo que entreteje el cruce necesario entre historia y biografía, entre la macro y la microhistoria, entre el terremoto y la contingencia.

Otras memorias del terremoto de 1960

Cada vez que temblaba, los aborígenes corrían a los cerros (donde habitaba el Ten Ten) con sus hijos y comida para varios días transportada en platos de madera sobre sus cabezas. Le temían al gran diluvio, que ya había ocurrido antes, debido a que el dios de las aguas, una enorme culebra llamada Cay Cay, hacía salir las aguas del mar súbitamente para sorprender y destruir al dios de la tierra (Ten Ten o Tren Tren) acabando de paso con toda la gente.⁶

⁶ Este relato mítico del terremoto junto a relatos mapuches conocidos desde la Colonia en fragmentos escritos de Diego de Rosales e Ignacio de Molina se revitalizaron a partir de sucesos ocurridos tras el terremoto de 1960 que asoló buena parte del sur de Chile. El oscuro y espeluznante caso del sacrificio del niño José Paineur, gatillan desde entonces las circulación de memorias míticas del terremoto y su salida ritual, el sacrificio humano como ofrenda para alcanzar el equilibrio cósmico en *nguillatún* (Montecinos 2011: 203).

Las imágenes del terremoto y maremoto acontecido en Chiloé el 22 de mayo de 1960 son estremecedoras. El epicentro fue en las cercanías de la ciudad de Valdivia,

con una magnitud de 9,5 grados en la escala de Richter. En los minutos posteriores un maremoto arrasó lo poco que quedaba en pie, con un resultado trágico de 5 mil víctimas fatales y 2 millones de damnificados [...] su onda expansiva se extendió sobre las provincias de Cautín, Valdivia, Osorno, Llanquihue y Chiloé. La geografía de esta zona resultó profundamente alterada, dados los cambios en el curso y desembocadura de sus ríos, la configuración de sus costas y la formación y desaparición de islas. En Ancud, localidad ubicada al norte de la isla de Chiloé, el sismo y el tsunami transformaron la forma del litoral y destruyeron la ciudad.⁷

A propósito de este acontecimiento el poeta chileno Patricio Manns escribió en 1972:

Veo las cañerías rotas bajo la
tierra y el agua perdiéndose,
mientras la sed vagaba por las
calles y recogían lluvia en
sábanas y carpas. Todos serán
evacuados. Pero, decían los
isleños, nunca nos moverán de
aquí. Aquí nacimos, estamos
formados de esta parte del
mundo, no queremos salir de la
isla, nos moriríamos lejos. Y
no salieron. Y allí están
todavía. Porque como ya se
dijo, hay hombres mitad pez
mitad viento; hay otros
hombres hechos de agua: yo
estoy hecho de tierra [...]

¿Cómo recordar? La memoria
Decide de repente cerrar su
gran corola voraz y los
recuerdos quedan aprisionados
sin rescate posible. Pero veo
la pequeña pileta del jardín,
saltando, mientras un tropel de
bestias galopaban bajo la
tierra. Veo una muchedumbre
gritando con los hijos en los
brazos, corriendo a la colina de
la población Bórquez Solar para
huir de las aguas. Veo
innumerables casas de techos
rojos despegarse de la tierra e
irse en fila india navegando

⁷ En: <<http://www.memoriasdelsigloxx.cl/601/w3-propertyvalue-28248.html>> (10.10.2013).

hacia la boca este
del canal de
Chacao.⁸

Ciertamente que en Chiloé, las casas de madera con sus techos de dos aguas no solamente sirven para contener las aguas de las lluvias. Las imágenes que el poeta construye nos llevan lejos y nos permiten relacionar el terremoto con las imágenes de la lucha de las fuerzas, en este caso particular, del agua, que arrastra y destruye, donde no hay sacrificio posible para aquietar y restaurar el equilibrio.

Sus habitantes respetan, deciden quedarse allí, negándose a convertir su isla en un lugar de olvido, en un patio de recuerdos de troncos petrificados. Aunque bajo sus aguas, yacen las víctimas mudas de su indómito destino.

La memoria como contingencia

La condición telúrica de la historia de Chile la hace singular porque su condición da cuenta de la latente contingencia de una parte lejana del mundo y de la historia, por su permanente posibilidad de modificación transitoria y radical de sus estructuras y fundamentos terrenales y por ende del trastorno de las relaciones sociales habituales. *El terremoto en Chile*, publicado en 1806 por Heinrich von Kleist, es parte de una reflexión sobre esta condición vulnerable fundamental del ser. Es notable que un filósofo del arte hubiese reparado y representado el terremoto de 1647 ocurrido en Santiago de Chile, a más de un siglo de distancia, en Alemania. Es muy probable que el violento sismo de Lisboa de 1755 haya diseminado memorias locales como esta hacia nuevos espacios de recepción. La reflexión de Kleist presenta como estrategia un acontecimiento conocido (el terremoto de 1647) y una historia de amor desconocida y ficticia (la historia de una pareja condeada a morir el mismo día del terremoto por real cédula). En ese cruce del destino de un amor fatal Kleist realiza una inflexión para cuestionar al arte como resultado de la contingencia, de una experiencia corporal liminal que es puro movimiento (Oyarzún 2013).

La historia de Kleist se concentra en la vicisitud, es una historia de la contingencia en el mundo. Kleist dialoga a través del terremoto con una inquietud filosófica sobre la experiencia y la expresión del arte, sobre la expresión escrita de una idea o pensamiento. La narración de la experiencia se pone en tensión para enunciar una crisis de la misma: no se puede denotar nada exhaustivamente, ya que la experiencia supera al lenguaje. ¿Qué son entonces las memorias, los relatos, textos, narraciones, estéticas, artes inspiradas en experiencias límites?

La dramaturgia que propone Kleist se sitúa desde la contingencia del cuerpo. En la performance el cuerpo se mueve en el espacio como una máquina que despierta a la experiencia sensorial de modo explícito. Esto propone el Grupo Teatro Mapamundi en el *proyecto T* para abordar el terremoto a partir de una indagación de la dramaturgia y puesta en escena de los textos de Kleist. El proyecto se abordó como una introspección epistemológica del estatuto del arte. La contingencia se planteó como signo del arte. La

⁸ Cita extractada de la exposición *Fotos del terremoto y maremoto del 60*, Museo Azul, Ancud Chiloé, diciembre de 2008.

compañía y el colectivo que participó en la generación conceptual, estética, productiva, de este proyecto puso el acento en la acción como estrategia para envolver al espectador en el centro de la acción performática. La puesta en escena se propone como una exploración del sujeto (espectador/actor) confrontado con la transformación súbita de la percepción sensorial. Durante el desarrollo de la obra, el espectador es involucrado activamente y termina en el espacio escénico en otro estado emocional. La puesta en aproximación de escena del terremoto de Kleist aporta así con una investigación que explora la memoria del descontrol. El arte está en el movimiento, en el dejar ir, en la pérdida del control cuya *poiesis* y *mimesis* aporta el terremoto (Oyarzún 2013).

Comentarios finales

El recorrido fragmentario reveló diversas memorias individuales y colectivas de terremotos ocurridos en diferentes partes de Chile. Su cartografía enseña diversos lugares (islas, ciudades, puertos, costas, enclaves naturales), espacios y tiempos históricos. También devela diferentes tipos y usos de memorias. Las memorias son materiales y mediáticas: oralidad, textualidad, imágenes, audio, etc. se constituyen en los medios que las plasman. En efecto, en las diferentes articulaciones de sentidos hemos venido hablando de memorias “concretas”: entrevistas, mitos, objetos, leyendas, imágenes, crónicas, cartas, informes, documentos oficiales, publicaciones científicas, fotografías, relatos orales, poesía, literatura, ensayos filosóficos, textos académicos se constituyen en sus portadores, soportes y dispositivos de memorias. Su naturaleza polimórfica es también polisémica tanto en el nivel de lo que representa y en cómo lo hace, así como de contextos históricos específicos que las producen, reproducen y circulan, pues las memorias funcionan en espacios de transferencias de saberes y constituciones de sentido dinámicos y cambiantes.

En el panorama cartografiado resulta sugerente algo muy evidente: la fuerte presencia de Santiago y el sur de Chile. Sin embargo, la imagen de Cristo Rey fue la más difundida y fue fundamental para fijar una memoria hegemónica “apocalíptica” durante la Colonia cuyo epicentro fuese la capital. Los análisis revelan variados usos y acaso no “abusos” de la memoria colectiva y de sus heridas simbólicas. La corona en la garganta, una imagen que asfixia, inaugura una memoria herida que perisgue la ruta del exorcismo de la culpa por medio de rituales colectivos catárticos. Las manipulaciones concertadas de la memoria en este periodo dan cuenta de ciertos usos abusivos de memorias instrumentalizadas en el tiempo (Todorov 1995). El cruce entre memoria e identidad se teje así en un relato colectivo de la historia con heridas reales y simbólicas. Mellafé se detiene en las tramas históricas que operan en la mentalidad colonial insegura del mundo físico que se remece a su alrededor y obsesionada con el complejo pecado-castigo que la reconecta con las “ataduras místicas de la población” (Mellafé 1994: 113). Dichas creencias son parte de un sedimento cultural que naturaliza el sentido de lo infausto como parte de su ADN histórico. El terremoto convertido en símbolo atravesó —con tanta o más fuerza que la guerra— la identidad de las nacientes comunidades nacionales de manera transversal. Como metahistoria sirvió de matriz para relatos nacionales fundados por mitos, escatologías y actos heroicos y violentos. Cobra entonces sentido preguntarse por posibles topologías de esta memoria en diferentes contextos, tiempos y espacios de recepción. Por cierto, la invitación de Mellafé es muy iluminadora para este desafío aún pendiente, pues

Faltaría por averiguar cuál ha sido la relación de la coyuntura política con el conjunto de catástrofes. Quizás éstas orientaron las angustias colectivas hacia la provocación de actitudes de violencia en el afán de exaltar el bien común, de dar mayor seguridad al yo colectivo e individual. Esta interacción, si es que la hubo, puede ser interesante materia de nuevas investigaciones que expliquen las complejas combinaciones de características institucionales, culturales, materiales y ambientales que forman una sociedad y le dan un sentido de comunidad (Mellafe 1994: 118).

El 27 de febrero de 2014, recién pasado, se cumplieron cuatro años del terremoto de 2010. En medio de los ajetreos políticos de estos días, antes del cambio de mando presidencial, el olvido pareció constituir la estrategia oficial en un paisaje mediático que matizó los abusos de optimismo en la reconstrucción alcanzada, con la inclusión de voces menos optimistas, como fueron los representantes de las casi 300 familias que aún viven en aldeas de emergencia en las provincias de Concepción y Arauco, y esperan no tener que pasar un quinto invierno en el frío y bajo condiciones indignas para ciudadanos de un país que declara haber superado la pobreza...

Las memorias –sus contenidos, usos, abusos, olvidos, producciones, circulaciones, recepciones, entrelazamientos– parecen ser ricas vías de acceso para estas indagaciones ligadas a diversos actores, tiempos y espacios históricos. ¿Qué hallaríamos por ejemplo en la intersección entre memorias catastróficas del espacio vital y el golpe de Estado de 1973 ocurrido en Chile? ¿Acaso a Cai Cai, Ten Ten, Cristo Rey, Karukinka, Darwin, a los naufragos o a los sobrevivientes?

Bibliografía

- Bachelard, Gastón (1990): *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barros Arana, Diego (2000 [1885]): *Historia General de Chile. Tomo IV. La Colonia de 1610 a 1700*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Bustos, Julio (1931): *Estudio sismológico de Chile con los temblores y terremotos producidos en los últimos cuatro siglos*. S. I.: s. e.
- Cisternas, Marcos (2012): “El terremoto de 1647 de Chile central como un evento intraplaca: ¿otra amenaza para Chile metropolitano?”. En: *Revista de Geografía Norte Grande*, 53, pp. 23-33.
- Chapman, Anne (2002): *Fin de un mundo. Los selknam de Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Taller Experimental Cuerpos Pintados.
- Kleist, Heinrich von (2008): *El terremoto de Chile*. Girona: Ediciones Atlanta.
- Lee, Richard (2010): “Darwin’s Earthquake”. En: *Revista Médica de Chile*, 138, pp. 897-901.
- Massone, Mauricio (2002): “Los antiguos cazadores del fuego”. En: Carolina Odone/Mason, Peter (eds.): *12 Miradas sobre selknam, yaganes y kawesqar*. Santiago de Chile: Taller Experimental Cuerpos Pintados, pp. 119-143.
- Mellafe, Rolando (1994): “Percepciones y representaciones colectivas en torno a las catástrofes en Chile: 1556-1956”. En: Rolando Mellafe/Lorena Loyola (eds.): *La memoria de América colonial*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, pp. 102-118.
- Montecino, Sonia (2011): “Mito, sacrificio y políticas de la diferencia: el terremoto del 60 en el lago Budi”. En: *Revista Anales: Séptima Serie*, 1, pp. 201-206.
- Onetto, Mauricio (2007): “Entre Aporías espaciales y sentidos naufragos: El terremoto de 1647 como catalizador de percepciones y asimilador de experiencias históricas”. En: *Nuevo*

- Mundo-Mundos Nuevos. Debates*. En: <<http://www.nuevomundo.revues.org/index7442.html>> (15.10.2013).
- Onetto, Mauricio (2011): “Apuntes sobre memorias sensoriales y catástrofes. Chile, siglos xvi-xviii”. En: *Revista de Historia Iberoamericana*, 4, 1, pp. 50-66, <[http://www.revistahistoria.universia.net/articulo/147/\[ARTICULO\]-APUNTES-MEMORIAS-SENSORIALES-CATASTROFES-CHILE-SIGLOS-XVI-XVIII.html](http://www.revistahistoria.universia.net/articulo/147/[ARTICULO]-APUNTES-MEMORIAS-SENSORIALES-CATASTROFES-CHILE-SIGLOS-XVI-XVIII.html)> (13.10.2013).
- Oyarzún, Manuela (ed.) (2013): *T. Investigación y práctica escénica sobre el terremoto de Chile*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados.
- Ricœur, Paul (2010): *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, Tzvetan (1995): *Les abus de la mémoire*. Paris: Arléa.
- Valenzuela, Jaime (2007): “El terremoto de 1647: experiencia apocalíptica y representaciones religiosas en Santiago colonial”. En: Valenzuela, Jaime (ed.): *Historias Urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, pp. 27-65.
- (2012): “Relaciones jesuitas del terremoto de 1730: Santiago, Valparaíso y Concepción”. En: *Cuadernos de Historia*, 37, pp. 195-224.